PTERODÁCTILO

FALL 2009 · Nº 7
Revista de arte, literatura, lingüística y cultura
Department of Spanish and Portuguese
The University of Texas at Austin

# PIEZAS PARA CONSTRUIR UNA CIUDAD

por Vicente Luis Mora

## CALLE DEL ACUERDO

También la conciencia produce desperdicio
Yolanda Castaño, *La egoísta*
Ser feo implica estar condenado al vertedero
Zygmunt Bauman, *Vidas desperdiciadas*
Aquí nomás, como siempre, bateando pura pinchi basura.
Julián Herbert, *Cocaína (Manual de usuario)*

Con movimientos terriblemente pausados, ejecutados como a cámara lenta, baja hacia el portal, con la bolsa de la basura en la mano. En el descansillo del segundo se detiene, apoya el hombro contra la pared y se toca la cabeza. Justo ahí dentro, entre dos neuronas espejo, se repiten los dos instantes clave de hoy, como cortometrajes emitidos sin solución de continuidad en un circuito cerrado. Toma uno, oficina, interior, día: su jefe, diciéndole que su contrato de seis meses está próximo a terminar y que no requerirán sus servicios una vez acabe. Toma dos, casa de Maxi, interior, tarde: Maxi diciéndole que es culpa suya, que no ha hecho lo suficiente, que ha sido díscola y ha llegado tarde demasiadas mañanas por quedarse dormida y que, en cierta forma, se lo

merecía. Como si ella lo hubiese buscado, en resumen. Ese corto no ha terminado ahí, ella le ha preguntado a cuento de qué ese odio, que cómo se le ocurría hablarle así, el mismo día en que la echan a la calle, como un objeto usado y explotado durante cinco meses y medio. El silencio de él le ha delatado. Ella se ha puesto a tirar del hilo y el cortometraje que no deja de ver termina con él dejándole saber que está cansado de ella, y ella preguntando que si quería cortar con ella y no se lo decía por lástima. Bueno, en realidad la cinta termina con el *sí, es exactamente eso*, pronunciado por él con la cabeza gacha. El trabajo-basura le ha durado, se dice ahora con media sonrisa, más que el novio. El último tramo de escaleras y la salida de la casa se le hacen cuesta arriba, en vez de cuesta abajo, y la bolsa de basura parece pesar quintales bajo su brazo. Deja atrás un par de coches y se acerca al contenedor. Tira la bolsa dentro, observa una caja de refrescos vacía tirada en la acera y la acerca. El efecto de las pastillas está siendo más rápido de lo que creía, y todo es extraordinariamente lento y difícil. Logra subirse, abre de nuevo la tapa del contenedor hasta que se queda fija. Toma impulso. Se mete dentro. Cae contra las bolsas de desperdicios. Sus párpados se están cerrando. Se incorpora. Al tacto, busca la tapa del contenedor. La cierra muy despacio. Se sienta dentro, ya casi dormida. Afuera, exterior, noche.

## CALLE MIRILLAS CON LOPE DE AGUIRRE. RESTAURANTE

-Mira a tu alrededor. Estamos en un local lo suficientemente grande como para que en él se resuma la vida completa; hay dieciocho mesas y apenas setenta personas, pero caben todas las posibilidades. Allí, una familia unida, que celebra su reencuentro al completo: todos hablan y todos sonríen. Allí, junto a la chimenea, la familia desunida, que se reúne por mera rutina navideña: hablan de uno en uno, y los demás escuchan sin demasiado interés, ninguno sonríe. Allí, junto a la ventana, mirando invariable a su través, el solitario, que esquiva de ese modo la felicidad ––la no soledad– del resto de comensales. El que está solo pide siempre las ventanas, también en los trenes y los

aviones: tienen el mundo fuera. Mira esos dos jóvenes. Son hermosos. Es su primera cita, su primera cena: él sonríe porque le va a pedir después que duerman juntos; ella sonríe porque le va a decir que sí. Están en otra dimensión: los que son felices tienen el mundo dentro. Aquella otra pareja, más adulta, sobre los treinta, cruzó algunas palabras al llegar, pero ya no hablan desde hace un rato: se miran a veces, duramente, esquivando los ojos del otro. Saben, o sospecha, que ésta es o puede ser su última cena, que pronto pedirán la mesa junto a la ventana. Ahí, justo a nuestro lado, está el matrimonio en plenitud, con su hijo de dos años, curioso y manazas, al que observan con adoración. A su izquierda, la cena informal de negocios, con los tres enchaquetados que, una vez logrado el acuerdo, comienzan a contar chistes sobre el oficio y a pedir vino; dentro de tres horas irán a una barra americana, para recorrer el peligroso borde de la infidelidad platónica. Allí al fondo, la mesa de los dos amigos, la de las tres amigas ensartando verbalmente a sus novios mientras desensartan la brocheta, la mesa –algo en penumbras– del padre y del hijo, la mesa de cumpleaños, la cena de despedida, la de partición amistosa de herencia, la mesa política, la mesa de los hombres del campo, la de los turistas. Y las mesas que cierran el círculo: la nuestra, en la que se habla del microcosmos del restaurante, y la de aquel chaval de negro, solo, que lo escribe.

**BARCELONA. GRAN VÍA DES CORTS CATALANS**

—045, Prat.

—De acuerdo, 045. Servicio en Carrer de Puigcerdá.

—032.

—032, buen día y buen servicio.

—Ok.

—048, anule.

—...

—048, ¿me ha recibido? Confirme, por favor.

—Recibido y anulado.

—Gracias, 048. Servicio en Diagonal 558.

—006 en Gracia.

—006, entendido. Uno en Parc de la Ciutadella.

—226.

—226… buen día y buen servicio.

—335.

—335, ¿perdone?

—Yo estaba antes. Estoy a dos calles.

—335, por favor, espere. 226 ha contestado antes.

—Mira, sabes que llevo por este barrio desde las ocho.

—018 a Sagrada Familia. 335, ahora le busco un servicio; por favor, espere.

—Siempre haces lo mismo con él.

—Por favor, Jaime…

—¿Es que ya se te ha olvidado lo que te hizo? ¿Le has perdonado?

—¡Jaime, hay clientes escuchando!

—¿Has vuelto con él?

**CALLE CÁDIZ**

Ir de compras alivia la depresión a un 15% de los madrileños.

Diario *20 minutos*, 15/03/2007

—Llevo un día agotador. Este es el cuarto piso que enseño hoy.

*—Me imagino que debe ser dura la vida de agente inmobiliario.*

—¿Cómo dice?

*—Que debe ser una vida incomodísima, sobre todo en Madrid, todo el día de un lado para otro, enseñando pisos…*

—No, si los pisos son míos.

*—Ah, es usted… especulador.*

—No, rentista. No especulo porque no vendo ninguno, y no ayudo a encarecer el precio: yo los alquilo, que es una labor social.

*—¿Alquilar un piso de dos dormitorios, por 1.500 € al mes, es una labor social?*

—El vecino de arriba alquila uno igual que éste a dos mil. Usted decide si es un precio social o no.

## AVENIDA DE LA OSA MAYOR

Bajaron de la nave convenientemente protegidos contra la radiación de las treinta estrellas cercanas. A la desolación del panorama del pequeño planeta, la exterior, se añadían las suyas, interiores. "¿Qué sientes?", le preguntó Eria a Riddick. "Absolutamente nada –contestó éste, sorprendido de lo que sentía o, mejor, de lo que *no* sentía—. ¿Y tú?". Ella respondió: "Nada, tampoco. Es extraño. Ni frío, ni calor, ni ansiedad, ni ilusión. De hecho, te miro…" Ambos tenían los ojos puestos en el otro, y no fue necesario decir nada más. Pasearon en silencio entre las rocas abrasadas. "Mira el detector. Jamás hubo aquí una sola gota de agua, o de líquido alguno". "¿Cuál es la temperatura en superficie?" "Ciento sesenta grados". "Aquí tampoco haremos nuestra

casa”. Ella asintió con la cabeza. “Aunque no sufriríamos…”, agregó. Riddick sonrió, aunque no sentía alegría, simplemente había entendido que había una ironía en las palabras de Eria, y daba la respuesta codificada de la lógica común. “¿Nos vamos?” “Sí”. Desandaron sus pasos y volvieron a la pasarela que subía a la nave. “Se nos ha olvidado cumplimentar la carta de navegación”, dijo Eria mientras subía. Riddick se volvió y contempló el desierto rojizo. “Lo llamaremos Madrid”, dijo, y el reflejo del planeta en sus pupilas fue el único instante en que una vez algo de aquel desierto tuvo contacto con el agua.